VIII

Eran las siete de la mañana, y Carvajan, fiel á sus hábitos de madrugador, hacia largo rato que se paseaba arriba y abajo por la estancia como un tigre en la jaula.

El silencio reinaba aún en el pueblo, aletargado por el sueño con que reponia las fuerzas gastadas el dia antes en la fiesta. El sol estaba bastante alto, enfilaba oblícuamente la estrecha calle, y uno de sus rayos doraba la vieja ventana de la antigua vivienda, trazando sobre el suelo una línea luminosa. A pesar de esta alegre claridad, Carvajan, absorto y sombrío, revolvia en la mente amargos pensamientos. En el instante en que creia haber alcanzado ya la meta que se propuso hacia treinta años, para obtener la cual no habia dejado de luchar un momento, surgian poderosos obstáculos que le hacian retroceder. Pensando tener á su merced á todos sus adversarios, los provocó, y se le rebelaron. Cuando imaginaba atraerse á Pascual, haciéndole ver á todo el mundo sumiso á los piés de su dominador, el triunfo se cambiaba en humillacion,

y una cruel afrenta heria precisamente á quien más le interesaba deslumbrar con su poderío.

Le habian ofendido á él, al tirano de Neuville, por segunda vez, despues de treinta años, y precisamente el mismo dia de San Fermin. Carvajan y Clairefont estaban de nuevo frente á frente. Como si una tradicion fatal empujara á los hijos igual que empujó á los padres; despues de Honorato hiriendo á Juan Carvajan, aparecia Roberto insultando á su hijo. Era preciso dar el golpe de gracia, y terminar para siempre. En otro tiempo, la partida era desigual; la ventaja estaba del lado del marqués de Clairefont: al presente variaban las circunstancias, y Carvajan reunia los más activos elementos. No era cosa ya de buscar satisfacciones del amor propio; lo conveniente era la resolucion definitiva, que estaba á merced de la voluntad de Carvajan. Tenia en caja un legajo completo, conteniendo pagarés protestados, y otros documentos ejecutorios, por valor de 160.000 francos entre capital é intereses. Si el marqués no pagaba inmediamente, podia embargarle y dejarlo en medio de la calle. ¡Oh! Seria cosa de ver á todo un marqués de Clairefont sin hogar, como un mendigo...

En la soledad de su gabinete, Carvajan, pensando todo esto, se echó á reir, se acercó á un armario, lo abrió, y en el fondo apareció la caja de hierro que tantas veces hizo soñar con fabulosas riquezas á los habitantes de Neuville.

El banquero tomó una llavecita, deshizo las combinaciones de la cerradura, y la puerta giró en silencio sobre los goznes cuidadosamente untados de aceite. El interior de la caja no ofreció el espectáculo que sospechaba la gente. Algunos paquetes de oro, un libro talonario y varios legajos de papel de diversos

colores: hé aquí lo único que encerraba el fantástico mueble. Carvajan tomó uno de los últimos, en una de cuyas tapas se leia *Clairefont* con gruesos caracteres; lo desató, y se puso á hojearle lentamente. A medida que avanzaba en su revista, su fisonomía tomaba un aspecto de gozo feroz. Sus dedos revolvian los documentos con ruido seco, y los estrujaban como si fueran las carnes del marqués mismo. Revolviendo las páginas de aquellas escrituras, el banquero parecia un verdugo que afila los instrumentos de tortura para hacerlos más crueles, recreándose de antemano en los dolores que experimentará la víctima.

Un golpecito dado en la puerta le distrajo: lanzó una inquieta mirada en torno suyo, para convencerse de que estaba solo, y cerrando la caja sin ruido, se acercó al escritorio, y dijo:

—Adelante.

—Soy yo, señor alcalde. Perdone Vd. si le molesto,—dijo Fleury, asomando por la puerta su monstruosa cabeza que expresaba algo tan extraordinario, que, sin darle tiempo para continuar, Carvajan exclamó:

—¿Qué sucede?

—Cosas muy graves. Hace como cosa de media hora, Chassevent y Pourtois vinieron á despertarme..., y sin perder más tiempo que el preciso para vestirme, vine á darle á Vd cuenta de lo ocurrido, porque me parece que debe enterarse de ello antes que nadie.

—¿Pero de qué se trata?—interrumpió el banquero con acento brusco, dominado por una extraña emocion; pues temió que las reticencias de Fleury fueran encaminadas á prepararle para hacerle saber que Roberto y Pascual se habian batido secretamente aquella mañana.

—La noticia que le traigo á Vd. es que Rosa Chassevent ha sido asesinada esta noche en el Gran Margal.

—¡Asesinada! ¿Pero como ha sido eso?—dijo el alcalde súbitamente tranquilo.—¿Acaso algun accidente?...

—Nada de eso: se trata de un crímen—interrumpió Fleury con voz sorda.—Su padre y Pourtois la encontraron extrangulada en un hoyo, despues de perseguir inútilmente al asesino...

—¿Se la llevaba, por lo visto?

—Segun afirman, así sucedia; dicen que iba cargado con ella, corriendo por entre la espesura... pero no pudieron conocerle, porque aún era de noche...

—¡De modo que el fugitivo debia de ser hombre de una fuerza extraordinaria!...

La mirada de Fleury y la de Carvajan se encontraron, y en los ojos del alcalde leyó el secretario un pensamiento tan terrible que le hizo palidecer y extremecerse de piés á cabeza.

—¡Ah, ah!—exclamó Carvajan, en un tono que daba miedo.—Es preciso descubrir al asesino... ¿Está enterado el comisario? Si no lo está, es necesario avisarle, para que haga las averiguaciones que estime oportunas... Es bien extraño el caso... ¡Era tan bonita la pobre Rosa! Quizás alguno que la perseguía sin obtener nada de ella...

—Eso dice Chassevent...

—De modo que él presume... ¿Dónde está? Quiero hablarle.

—En la calle quedó. Quería subir, pero yo no le dejé hasta que hablásemos.

Carvajan estaba ya en el vestíbulo. En la calle se oía murmullo de voces, dominado de tiempo en tiempo por violentas exclamaciones. El alcalde abrió. En medio de un círculo de vecinos que hacian comenta-

rios de lo ocurrido, Chassevent, sentado en un poyo, se lamentaba, mezclando sus quejas con tremendas amenazas.

—¡Hija de mi alma!—aullaba, volviendo los ojos secos, más borracho aún que la noche anterior.—Tan buena, tan bonita, tan cariñosa para su padre... Y me la han matado esos bribones... Ya me lo temia yo; por eso me trataban tan mal... Y todo porque yo era amigo del señor alcalde... Si, ha sido una venganza... Pero no quedará esto así... No se le quita á un pobre viejo el único apoyo así como se quiera...

Inútilmente pretendia Pourtois hacerle callar. Seguia gritando como un energúmeno, y se retorcia sobre su asiento como si estuviera epiléptico. Al ver al alcalde, se levantó, y en actitud de arrojarse á sus piés, exclamó:

—Aquí está nuestro padre. Señor: tenga lástima de un pobre viejo, que sólo en Vd. confía para obtener justicia. ¡Por Dios! ¡Ay, qué desgracia tan grande! ¡Perder á una hija tan querida, que ayer estaba tan buena, bailando como una reina !

—Vaya, tranquilízate—dijo Carvajan con tono severo.—No hay por qué escandalizar el barrio. Pourtois, llévele á mi despacho...., y todos Vds.—prosiguió, dirigiéndose á los curiosos—retírense; no hagan caso de lo que dice este desgraciado, á quien el dolor vuelve loco.... No hagamos juicios temerarios.... La justicia descubrirá la verdad, y entonces....

Dejó á sus administrados bajo la influencia de estas palabras llenas de estudiada meditacion, y se reunió con Chassenvent y Pourtois: se encerró con ellos, y dirigiéndose al cazador, exclamó con sordo acento:

—Por lo que dices, sospechas de alguien. ¿A quién acusas de la muerte de tu hija? Piensa bien lo que vas

á decir, no soy yo, es la autoridad, quien te interroga.

—Así me preguntase el mismo Jesucristo, no podria responder otra cosa. El hijo del marqués pasó junto á nosotros un minuto antes de suceder el caso.

—Chassevent, sabes muy bien que iba en direccion opuesta,—interrumpió Pourtois lleno de angustia.

—¿Y quién me dice á mí que no dió la vuelta inmediatamente?—exclamó con violencia el corsario.—Además, tú estabas echado: eres tan gordo, que, de otro modo, te hubieran descubierto desde el camino, y no pudiste verle.

—¿De modo que estábais escondidos?—preguntó Carvajan.—¿Qué hacíais allí?

—Nada—replicó Chassevent con acento amenazador.—Es que á mí no me gusta encontrarme con nadie por la noche.... ¡hay hombres tan malos!....

—Por lo que veo, pretendes dar á entender que el señor Roberto.. .

Carvajan no se atrevió á continuar. Sus pálidas mejillas se colorearon, y mirando al padre de Rosa como si temiera que se retractase, prosiguió:

—Fíjate bien en la importancia de una declaracion tal.

—¡Eh! ¿Cree Vd. que voy á calumniarle? No somos nosotros solos los que le han visto. Tubœnf y Convrechamps le encontraron en el sendero del Gran Margal, cuando iban á sus casas: entonces estaba con mi hija. ¡Infame! A una pobre niña que no hacia mal á nadie. ¡Ah! ¡ah!...

—Vaya, no grites—dijo Carvajan con frialdad.—Ningun extraño puede oirte, y á nosotros es inútil que nos rompas la cabeza con tus lamentos.

El corsario se calló, y miró humilde al hombre que tan bien leía lo que pasaba en su alma.

—¿Sabes—prosiguió el alcalde—que si el hijo del

marqués fué quien mató á Rosa, en uno de esos momentos en que la violencia de su carácter le arrebata, acudiendo á los tribunales podias conseguir una indemnizacion de algunos miles de francos?

Al oír esto, los ojos de Chassevent brillaron de codicia: su borrachera se disipó como por encanto, y con acento melifluo, dijo:

—¿De modo, señor alcalde, que acudiendo á los tribunales le parece á Vd. que podría sacarle á esa gente una buena cantidad de dinero?

—Eso es indudable.

—¡Ah, señor! ¡Si Vd. quisiera aconsejarme en este asunto, estoy seguro de que aseguraria el pan durante mi vejez!....

—Es mi deber hacerlo. Todo el mundo sabe que siempre he defendido al débil contra el fuerte.

—¡Entonces están perdidos!—exclamó el vagabundo con terrible alegría. Hizo un gesto de triunfo, y poco faltó para bailar de contento.

—¡Pero, Chassenvent!—exclamó Pourtoirs consternado,—cuando nosotros notamos lo que sucedia, tu hija gritaba:—«¡Roberto! ¡Boberto!» De modo que no era él quien la extrangulaba.

—Decia eso, como hubiera podido gritar «¡asesino! ¡asesino!»—exclamó Chassevent con furia.—¿Quién te mete á ti en ese asunto? Estabas tan borracho, que no sabias lo que te pasaba, y vienes ahora hablando de lo que no entiendes. Con veinte mil francos no me paga ese pillo la vida de mi hija... porque, ¿quién pudo ser sino él? ¿Hay en esta tierra algun otro capaz de atravesar á todo correr con una mujer á cuestas el barranco del Gran Margal?., ¡Veinte mil francos! Te digo que él ha sido; y si alguien se atreve á decir lo contrario, ya verá lo que le pasa...

Y tan siniestro era el aspecto del cazador, que el tabernero se resignó á callar. Entonces Carvajan se volvió hácia él, y con aire indiferente, exclamó:

—Hé aquí una desgracia que va hacernos á adelantar más que todas las tonterías del marqués. ¿Cómo, despues de semejante escándalo, han de permanecer los Clairefont en este pais? Antes de tres meses tendrá la señora Pourtois las veinte fanegas de prado que están detrás del café. Dígale Vd. que venga á hablar conmigo; tenemos que ponernos de acuerdo; y como ella no es tonta, por fortuna... Porque con los tontos no se puede hacer nada...

El gesto que acompañó á estas palabras fué tan amenazador, que Pourtois sintió helársele la sangre. Su rostro sonrosado y reluciente se tornó pálido; los ojillos se le hundieron más entre la grasa de las mejillas, y en actitud que revelaba abatimiento, dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo fenomenal. En aquel momento llegó Fleury.

—Gracias á mis gestiones, la cosa marcha—decia con inexplicable gozo;—es menester volver en seguida al café, porque hemos encontrado pruebas del delito...

Chassevent, empujando á Pourtois, ganó la puerta de la calle con la premura del avaro que teme que le roben. Estuvo un instante solo con Pourtois, y, aprovechándolo, le apretó la mano con fuerza y le dijo en voz baja, pero bronca:

—Mucho cuidado con hacer tonterías, ¿oyes? ¡Si tienes la desgracia de declarar en contra mia... te degüello como á un pollo! Y ya que estamos de acuerdo, nada más tenemos que hablar.

Fleury y Carvajan quedaron en casa de éste. El alcalde se paseaba en silencio; de pronto, se detuvo bruscamente y exclamó:

—La suerte me prepara una venganza completa. Ese insolente osó atreverse conmigo, ha insultado á mi hijo... en cambio yo le mandaré á los tribunales. Clairefont perderá la fortuna y el honor. No les quedará nada. Entonces tendrán que arrastrarse á mis piés implorando mi piedad.

—¿Qué le han contado á Vd. Pourtois y Chassevent?

—Toda la escena del asesinato, que presenciaron desde lejos. ¡Oh! Chassevent jurará sobre la tumba de Rosa que el asesino fué el hijo del marqués... Espera sacar veinte mil francos del cadáver...

—¡Veinte mil francos!.. —exclamó Fleury sonriendo.—Por esa cantidad hubiera sido capaz de matarla él mismo.

Carvajan escuchó esta horrible broma con frio semblante; miró con severidad al secretario, y con voz seca dijo.

—Estoy muy serio yo, y deseo que todos los que me rodean lo estén. Tengo la conviccion de que M. Roberto, que sin duda estaba bebido, es el criminal. Si lo creyese inocente... me desentenderia de este asunto.

—No; si yo estoy seguro tambien—se apresuró á decir Fleury—y como opino lo mismo que Vd., voy á dar los pasos convenientes para que la opinion no se extravíe, y el culpable no pueda escaparse.

Dicho esto, saludó y se fué.

Era el último dia de feria, y despues de haber dormido la borrachera, los campesinos hacian las postreras transacciones. Por lo común, aquel dia los tratos acababan antes del mediodía, y todos pensaban en volver á sus casas. Aquel año fué excepcional, no obstante. En la plaza habia una concurrencia inusitada. Formábanse numerosos grupos, y no se hablaba

en ellos del precio de las harinas ó de los corderos. Resonaban por doquier los nombres de Chassevent y de Clairefont, y entre exclamaciones se disputaba, afirmando unos y negando otros.

Como un contagio mortal, las noticias que Fleury hizo correr circulaban por toda la ciudad: y muy pronto, desfiguradas por la exageracion, se extenderian por el contorno. Nada más fatal para los Clairefont que aquella afluencia de forasteros venidos de diez leguas á la redonda, que, al partir en breve, llevarian á sus casas una opinion hábilmente dispuesta por los emisarios de Carvajan.

Tondeur, en el café del Comercio, repetia delante de veinte personas lo que oyó decir á Rosa cuando Roberto la abrazó en el planchador de su casa: *No me apriete Vd. tanto: capaz seria Vd. de ahogarme sin querer.* Y entre el humo de las pipas y el ruído de los vasos al chocar unos con otros, el comerciante de maderas lamentaba lo ocurrido con hipócritas frases.

—¡Qué desgracia! -decia.—¡Lástima de muchacho, tan bueno y tan amable! Porque crean Vds. que él no lo ha hecho por maldad, estoy seguro de ello. Responderia con la cabeza...; pero es tan forzudo, que, sin querer, tuvo la mano demasiado pesada. Yo le he visto arrancar de raiz una retama, ni más ni menos que si fuera una violeta....

Estaba jugando con la chica cuando llegaron su padre y Pourtois: para no ser sorprendido, quiso impedir que gritara .. y la ahogó. Ha sido una desgracia, pero no un crímen.

Esto daba lugar á que se discutiera calurosamente ¿No estaba muerta la muchacha? Pues entonces habia crímen, era indudable. Tondeur, confuso, no tenia má remedio que transigir; pero acumulando de intento

las más absurdas razones, persistia en la defensa. Despues de todo, ¿qué pruebas habia para condenar á Mr. Roberto? Cuando más, se abrigarian sospechas pero no otra cosa.

—¿Cómo sospechas? — decian sus contradictores animados por el calor de la disputa.—¿Y el pañuelo de seda marcado con las iniciales R. C., que tenia la jóven alrededor del cuello, y que nadie le vió en el baile? ¿Y las afirmaciones de Tubœuf? Porque la culpabilidad saltaba á la vista. Preciso era no querer ver para atreverse á negarlo; es decir, que todos se extrañaban de que aun no hubieran prendido al señor de Clairefont. ¡Ah! ¡si hubiera sido un infeliz!... Entonces ya estaria en la cárcel cargado de cadenas.

Un sordo rumor se extendió por la plaza, atrayendo á las ventanas á todos los parroquianos del café del Comercio. Roberto, junto al Sr. de Croix-Mesnil, á quien llevaba en un tílburi á la estacion, desembocaba en aquel momento por la calle del Mercado.

Al llegar á los grupos de campesinos, tuvo que poner al paso su caballo y atravesó por medio de la tumultuosa multitud tranquilo y sonriente, hablando con el oficial. Detrás de él se apiñaban los forasteros, y algunos lanzaron exclamaciones de ódio, semejantes á los tiros aislados que preceden al comienzo de una batalla. Roberto se volvió lleno de extrañeza, y oyó decir:

—Se va. ¿Lo ven ustedes? se va.

Lo que habia pasado aquella noche aún no se sabia en Clairefont. El castillo era como una fortaleza bloqueada, á cuyos guardadores no alcanzan las noticias del exterior. Los pocos criados que en él habia no bajaban al pueblo, y las granjas estaban lejos. Rosa era la única persona extraña que traspasaba aquellos

umbrales, y la pobrecilla no debia alegrar ya con sus canciones los silenciosos ámbitos de la antigua morada. Antonieta, que la víspera la habia recomendado la exactitud, viendo que no llegaba á la hora de costumbre, había pensado, sonriendo:

—«Vamos; á pesar de sus buenos propósitos, se retiró tarde, y se le han pegado las sábanas.»

En la estacion, Roberto, sin notar la vigilancia de que era objeto por parte de los gendarmes que se paseaban por el anden, bajó del carruaje, tomó la maleta de Croix-Mesnil, y dejando el caballo al cuidado de uno de los mozos, entró en la sala de espera. Entonces los gendarmes se trasladaron al muelle, y allí prosiguieron sus paseos, dispuestos á impedir al jóven que tomara el tren si abrigaba el propósito de huir; pero aquél, bien ajeno á la atencion de que era objeto, hablaba con indiferencia, y ni remotamente podia imaginar el peligro que corria su libertad.

Cuando llegó el tren, abrazó al baron, le ayudó á colocar la maletilla, cerró por sí mismo la portezuela, volvió á su coche, y se alejó.

Tenia el corazon oprimido: el viaje de su amigo le afectaba, sin saber por qué. Debajo del puente detuvo el caballo, y esperó para saludar de nuevo al oficial; éste, asomado á la ventanilla, le devolvió el saludo sonriendo, y Roberto no se decidió á marcharse hasta ver desaparecer el tren envuelto en una nube de vapor al penetrar en el primer desmonte. Entonces arreó y tomó lentamente el camino de Clairefont.

Pero sus impresiones eran siempre poco duraderas; pronto se operó la reaccion en su ánimo, y puso el caballo al trote, con el propósito de no atravesar por la plaza, para evitar el barullo que le detuvo al venir. Siguió por la alameda que rodea á Neuville, y ya iba

á salir del pueblo, cuando, enfrente de la cuesta de Clairefont, tropezó con un grupo de obreros que á la puerta de una taberna escuchaban por centésima vez el relato de la muerte de Rosa de boca de Chassevent, que estaba borracho como una cuba.

A la vista de Roberto, todos aquellos hombres se volvieron hacia él en ademan hostil: animado por las amenazadoras disposiciones de sus oyentes, el vagabundo se abalanzó al tílburi, é intentando agarrar al caballo por el freno, exclamó:

—¡Aquí está el asesino, miradle! ¡Venganza!

Con torpe mano logró coger la brida; pero un latigazo que recibió en los dedos se la hizo soltar, y empujado por la limonera, hubiese caido debajo de la rueda, si Roberto no le cogiera por el cuello, arrojándole hasta hacerle caer enfrente de la puerta de la taberna.

—¡Ah! Despues de la hija... el padre—rugió el corsario.—A mí, amigos mios; apoderémonos de él, y entreguémosle á la justicia.

En un momento el jóven se vió rodeado por una porcion de hombres en actitud amenazadora. Delante de la puerta de la taberna unas mujeres lanzaban agudos gritos, y por la calle del Mercado apareció un considerable refuerzo de campesinos. Chassevent, furioso, intentaba escalar el pescante; pero el jóven no perdió la sangre fria. Tiró de las riendas, hizo encabritarse el caballo, y con el mango de la fusta dió tan fuerte golpe en la cabeza al vagamundo, que, á pesar de que la violencia se aminoró considerablemente porque el cazador llevaba una gorra de paño y debajo un pañuelo de seda, le hizo caer sobre el polvo del camino medio desvanecido. Esta prueba de vigor y de energía ensanchó el círculo que rodeaba al coche. Fleury aprovechó la oportunidad, precipitóse por entre la gente y gritando á los obreros:

—¿Qué haceis aquí?... Recoged á ese hombre... y esperadme... se abalanzó á Roberto, le apretó el brazo con fuerza, y añadió:

—¡Imprudente!... ¡No desafie Vd. la cólera popular!.. Huya Vd. sin perder un instante. Vengo de Clairefont: su hermana y su tia están enteradas, y le convencerán...

—Pero ¿de qué se trata?—preguntó el jóven, empezando á perder la calma.—¿Se han vuelto locos todos ustedes?

El secretario envolvió á Roberto en una mirada severa, y repuso con acento triste:

—Rosa Chassevent ha sido asesinada... y se le acusa á Vd. como autor del crímen. No discutamos. Póngase usted en salvo... que es lo más prudente...

—Pero esa acusacion es una infamia...

—¡Huya Vd., por Cristo!...—repitió Fleury con violencia, señalándole el grupo de irritados campesinos que engrosaba de minuto en minuto con los refuerzos que llegaban de Neuville.

Y dando un puñetazo en el vientre al caballo, le obligó á alejarse.

Sin preocuparse ya de la agitacion que reinaba por doquier, Fleury se volvió á la casa de la calle del Mercado. Eran las once de la mañana, y toda ella fué aprovechada sin desperdiciar un segundo por los emisarios de Carvajan. La red que envolvia al jóven Clairefont entre sus invisibles y pérfidas mallas, se hacia á cada instante más fuerte, y cuanto mayor fuera la agitacion del prisionero por desenredarse, más grande deberia ser el enredo.

Pascual, despues de una horrible noche de insom-

nio, en la cual todos los recuerdos del pasado se le reprodujeron en la memoria, estaba firmísimamente resuelto á abordar con su padre la cuestion de su partida de una manera totalmente definitiva. No podia resistir la idea de que su vida trascurriese en aquel rincon del mundo, sujeto siempre á las mismas ó mayores causas de pesadumbre. Deseaba alejarse tanto, que ni el más remoto eco de aquellas infames discordias le alcanzara; asentar sus reales en donde nada le recordara su pasado; olvidarlo todo, menos la imágen sonriente de Antonieta, á la cual, rendia un culto misterioso é idolátrico dentro de su corazon.

A la hora de almorzar salió de su cuarto, y se disponia á bajar, cuando se encontró con la criada, que bajaba á su vez del piso superior, y con gestos que dedemostraban desconsuelo, le dijo:

—¡Ay, señorito! ¿No sabe Vd. lo que ha sucedido? El hijo del marqués de Clairefont ha matado á Rosa Chassevent esta madrugada...

Y al ver que Pascual la miraba, dudando si la jóven se habria vuelto loca, prosiguió:

—¡Qué desgracia!... El secretario del juzgado, monsieur Fleury, está en el despacho con su papá de usted dándole cuenta de lo que se dice por el pueblo... Todos hablan de esto, y echan la culpa al hijo del marqués... Yo lo he oido, porque hablaban en voz alta cuando pasé por delante del cuarto, y...

La caja de la escalera le pareció á Pascual un negro y profundo abismo, en el fondo del cual, Carvajan, semejante á un espíritu malo, reía gozoso, y dispuesto á aniquilar á un infeliz. Sintió frío en las venas; le pareció ya ver á Antonieta desesperada junto á su padre, á quien la pesadumbre quitaba la vida, y recordó los tristes presentimientos que tuvo el dia de

su llegada á Neuville en la taberna de Pourtois. Aquellos fúnebres presagios se realizaban. Pero tambien debia realizarse otra cosa. ¿No se habia prometido á sí mismo defender á la jóven abandonada á su desdicha, y arrancarla de entre las garras de sus enemigos?

Estaba muy cerca del umbral de la estancia donde su madre espiró; la escena aquella tomó en su mente caracteres de realidad presente; vió á la moribunda pálida y casi exánime, que le miraba con amorosos ojos, y le pareció oir distintas aquellas palabras que pronunció á su oido con acento débil: «Sé bueno, hijo mio. Es preciso que lo seas.» Dominado por supersticioso temor, se volvió, esperando ver junto á sí aquella sombra tan querida, y al hallarse solo, inclinó la frente y murmuró:

—Está tranquila, madre querida; te obedeceré, y me bencirás desde el cielo...

En un instante recobró su presencia de espíritu; se encontró capaz de vencer todo lo dificil y de intentar lo imposible. Ya no estaba reducido á la inaccion; ya no era tácitamente cómplice de los detractores de la familia Clairefont: ya podia intervenir en la lucha para proteger á Antonieta. Toda la noche estuvo acariciando la idea de alejarse de aquel país donde tantas angustias le dominaban, y en un momento su resolucion cambió: debia quedarse y se quedaría; hallaba esto lo más natural del mundo. La indecision y la incoherencia, ¿no son patrimonio del amor verdadero?

Hizo un esfuerzo para que su semblante no le vendiera, y sonriente. como quien nada tiene que le preocupe, entró en el despacho de su padre. Fleury, que hablaba con animacion, se detuvo; manifestaba cierto embarazo en su fisonomía, y movia los ojos furiosamente.

—¿Qué te parece, eh?—dijo Carvajan saliendo al paso de su hijo.—Ahí los tienes sumidos en los horrores de un proceso, con todo su orgullo y con toda su nobleza antigua...

—Acaban de contármelo todo—replicó Pascual.

—¿Y qué te parece?

—¿Qué opina el juez?

—Duda. Entre las pruebas de conviccion, que no son pocas, y los antecedentes del asesino, está perplejo. Todos esos magistrados son reaccionarios en el fondo, y éste hace cuanto puede para salvar al hijo de un marqués. Se ha telegrafiado á Rouen para que el procurador de la República ordene lo que le parezca más oportuno, y esperamos su respuesta. Entre tanto, él se agita furioso, y sin la intervencion de Fleury, es fácil que á estas horas el presunto autor del crímen hubiera pagado con la muerte á manos de los obreros el terrible delito de que se le acusa. Se habla de una manifestacion para mañana... y yo se lo he dicho con franqueza al juez y al jefe del puesto de gendarmes: si no se prende á ese caballerito hoy mismo; no respondo del órden público...

—Lo mejor que podía haber hecho Mr. Roberto hubiera sido huir cuando aún era tiempo—añadió Fleury,—y una vez fuera del alcance de los tribunales, los ánimos se hubieran templado muchísimo. Es lo que yo traté de lograr de los señores del castillo. Pero desde las primeras palabras que dije, la señorita Antonieta se irguió pálida y enérgica y con voz que no era la suya, tan dulce de ordinario, me dijo: «¡Nunca!... ¡Huir, jamás! .. ¡Eso seria confesarse culpable!... Sabemos de dónde viene esta infame calumnia y la destruiremos con la verdad » Al decir esto, se referia claramente al señor alcalde... y acaso tambien á mí...

Pero yo no cejé; insistí, dándoles á entender que la sobreexcitacion de los ánimos podia muy bien impulsar á la gente baja contra el castillo. Entonces... la señorita de Saint-Meurice, furiosa, exclamó: «Que vengan: todavía tenemos unas cuantas escopetas, y verán que las mujeres de esta casa valen tanto como los hombres del pueblo de Neuville. Arriba tenemos el pedrero, que sirvió en otra ocasion para lanzar cohetes: lo haremos poner enfilando la puerta, y si hay quien ose tocar la cerradura... ametrallo á esos canallas...» Y juraba el demonio de la vieja, como si fuera un cosaco... Vaya Vd. con razones á semejantes personas... En cuanto al marqués, estaba encerrado en la torre como un buho, y no me dejaron verle. Por memo que sea, creo que me hubiera comprendido mejor, y sentí no hablarle del asunto...

—No estamos conformes, Fleury—dijo con gran calma Pascual.—A mi juicio, esos señores comprenden perfectamente el caso..., y lo que hacen es no complicar la situacion del jóven Roberto. Como dijeron muy bien, huir sería declararse culpable, y es muy natural que procure defenderse aduciendo pruebas. ¿Quién sabe si podrá acaso probar la coartada, ó cosa análoga?...

—No lo creo...—exclamó Carvajan, á quien la oposicion de su hijo le sacaba de sus casillas.

—Padre... ¿sabe Vd. más que yo de este asunto?

—¿Piensas defenderle?

—¿Y Vd. acusarle?

Estaban frente á frente; los dos llenos de energía, pero Pascual, dueño completamente de sí, era el más fuerte; se proponia saber la parte que habia tomado su padre en aquel asunto, y esperaba lograrlo, aprovechando la exaltacion de Carvajan, á quien la cólera dominaba en absoluto.

—No. Su padre de Vd. no acusa,—dijo Fleury con tono conciliador·—¿A santo de qué? El señor alcalde tiene, como siempre, gran interés porque se haga justicia, y nada más. Delante de Vd. se puede hablar con franqueza absoluta, y pesar el pro y el contra. Si, el señor Carvajan pudiese echar tierra al asunto, yo creo que se la echaria... y sin perder un momento. Es enemigo de Clairefont, pero sólo puede combatirle con armas lícitas y dignas: en el terreno político y en los negocios... Pero aprovechar semejante desgracia, eso no es menester que yo afirme que es incapaz de hacerlo, porque Vd. sabe, tan bien como yo, que tiene un padre digno y honrado. ¡No así sus adversarios!... Ellos nunca atendieron á la calidad de las armas que empleaban. ¡Ayer pudo Vd. verlo bien claramente!... Si nosotros pudiésemos declarar inocente á ese pobre muchacho, ¿por qué no habíamos de hacerlo? Pero por desgracia no hay dudas sobre su culpabilidad. Es la última etapa de una familia que hace treinta años viene hundiéndose. El dia que tuve el honor de conocer á Vd., presencié una de las insolencias habituales en ese desdichado. Entonces le dije á Vd. que llegaba para ver el final de la lucha, y no pensé que era tan buen profeta. Termina, en efecto, entre lodo y sangre.

—Y no es nuestra la culpa,—añadió Carvajan con rudeza.—¡Vayan al diablo, y salgan como puedan del atolladero!... No tengo motivos para interesarme por ellos..., y si yo me hallara en su caso, veria Vd. cómo se portaban...

Se puso el sombrero, lanzó una significativa mira- y prosiguió:

—Voy á la alcaldía. Vaya Vd. á buscarme en cuanto pueda.

—Tambien yo le acompañaré á Vd., padre... si no le molesto. Tengo curiosidad de ver el aspecto del pueblo...

—¡Ah! Parece que te interesas... Ven, si quieres... Además, eres del oficio, y acaso puedas dar un buen consejo...

—Si hay ocasion—repuso Pascual friamente—¿por qué no he de darle?...

Y salió con su padre y el secretario.

En Clairefont, luego que pasó el primer momento, sobrevino la calma para razonar.

Reunidos en un gabinete la señorita de Saint-Meurice y sus dos sobrinos, discutieron. Las manifestaciones de Fleury y las de la poblacion, eran significativas en extremo. El viejo Germán, enviado á la granja para enterarse al paso, trajo las noticias más alarmantes. De público se tachaba á Roberto como asesino. Entre las imprecaciones de la vieja y la fría calma de la niña, el jóven experimentó los más extraños efectos. Tan pronto pensaba que su inocencia resplandeceria y la acusacion no traeria más consecuencias, y entonces formaba el propósito de tomar venganza de los miserables que le calumniaron, como, reuniendo sus recuerdos y buscando pruebas para defenderse, veia con estupor que las apariencias le condenaban, echándole encima toda la responsabilidad.

Entró en su casa por la puertecilla del parque, de manera que nadie le vió. Habia pasado todo el tiempo desde que salió de la taberna de Pourtois, precisamente en la senda del Gran Margal; allí le encontraron dos personas que le conocian, y hablaron con él. Esto era innegable.

Y al recordar aquellos dulces momentos que pasó junto á la encantadora jóven, alegre y sonriente, en